

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

***ESCRIBANO FEDERICO C. TOMBEUR. Su fallecimiento***

El 15 de mayo dejó de existir en esta ciudad don Federico C. Tombeur, prestigioso miembro del cuerpo notarial capitalino.

Nacido en 1903, graduóse de escribano en la Universidad de Buenos Aires, y desde 1934 estuvo adscripto al registro notarial N° 236. Años después, a partir de 1952, pasó a ocupar la titularidad del registro N° 337, en el que se desempeñaba al producirse su muerte.

Participante activo en la vida de la institución, formó parte del Consejo Directivo como vocal titular en 1946; como tesorero por dos períodos a partir de 1954, y como vicepresidente, por otros dos, desde 1961.

Además, la amplia colaboración que en todo momento brindó a sus autoridades tuvo oportunidad de exteriorizarse a través de su labor en las Comisiones Asesoras de Ética, Cultura, de Edificio Social, de Presupuesto y de Biblioteca.

También fue representante de la entidad ante la Federación Argentina de Colegios de Escribanos y delegado a la III Convención del Litoral que se realizó en Rosario en 1967, sin excluir por supuesto su permanente asistencia a cuantos eventos tuvieron lugar, particularmente en los efectuados en las décadas del 50 y del 60.

Se lo recuerda de modo muy especial por su constante presencia en los últimos años en las asambleas ordinarias y extraordinarias como miembro de la junta escrutadora, nominada de acuerdo con el estatuto para presidir la elección de renovación de autoridades.

Visitante asiduo del Colegio, prolongaba en la amable tertulia con sus pares el hondo vínculo que lo unía a la entidad que lo recibía como su segundo hogar. Conversador ameno y cordial, en esas reuniones se aquilataban su caballerosidad y su hombría de bien, cualidades sobresalientes de una personalidad que cosechó numerosas amistades y que hoy lamentan su desaparición como una pérdida irreparable.

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

En el devenir de nuestra institución, figuras como la de don Federico Tombeur han dejado una impronta que se caracteriza por una enraizada tradición de señorío e hidalguía.

El velatorio se realizó en la sede social y sus restos recibieron sepultura, por su expresa voluntad, en el panteón de la entidad en el cementerio de la Chacarita.

En el sepelio habló el presidente del Colegio, quien hizo una emotiva semblanza del colega desaparecido.

**Palabras del escribano Jorge A. Bollini**

En nombre del Consejo Directivo del Colegio de Escribanos debo cumplir con el penoso deber de despedir los restos de un distinguido notario y dilecto amigo, el escribano Federico C. Tombeur, cuya desaparición nos deja un sensible vacío.

Nacido en Asunción del Paraguay, en 1903, estudió entre nosotros y se naturalizó argentino. Cursó sus estudios universitarios en Buenos Aires y actuó, a partir del 6 de julio de 1934, como adscripto al registro notarial número 236, para pasar posteriormente a desempeñarse como titular del 337, cargo que vino ejerciendo desde el 14 de mayo de 1952 hasta su deceso.

Colaboró permanentemente con las autoridades de la institución desde el seno de las comisiones asesoras de ética, cultura, de edificio social, de presupuesto y de biblioteca.

Integró el Consejo Directivo como vocal titular en 1946; como tesorero por dos períodos a partir de 1954, y vicepresidente por otros dos, desde 1961.

Representó a la institución ante la Federación Argentina de Colegios de Escribanos, fue su delegado ante la III Convención del Litoral, efectuada en Rosario de Santa Fe en 1967, y su figura familiar estuvo presente en numerosas reuniones nacionales e internacionales.

En los últimos años en las asambleas ordinarias y extraordinarias, su presencia como miembro de la junta escrutadora designada de conformidad con el estatuto para presidir la elección de renovación de autoridades fue permanente.

Tuvo en la institución un segundo hogar pues tal parecía a raíz de sus visitas casi diarias a la sede social, fuera para sus menesteres profesionales o por ese innato sentido de la amistad que lo llevaba a frecuentar a sus pares, o quizá por el hondo sentido que lo arraigó a lo largo de toda su vida al Colegio.

Su discreción, caballerosidad y hombría de bien lo distinguieron como un notario perteneciente a esa tradición de hombres con vocación de servicio y sentimientos nobles, cualidades que le conquistaron amigos y afectos perdurables.

Si hubiéramos de establecer períodos para las generaciones, diríamos que con Federico Tombeur se va uno de los últimos escribanos que bregaron por la organización del cuerpo profesional, alcanzada a través de la sanción de la ley 12990, y toda una época en la que actuaron grandes figuras que

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

dieron al notariado la pujanza demostrada desde entonces en el orden institucional, y como entidad representativa de una realidad argentina, dentro y fuera de nuestro país.

Su desaparición nos trae a la mente la reflexión obligada que resulta de aceptar esa realidad del traspaso o del reemplazo de una generación por otra, y nos lleva a meditar sobre quiénes y cuánto hicieron en el pasado, y acerca de las perspectivas del porvenir, puesto hoy en manos jóvenes, empeñosas, ilusionadas, emprendedoras, y dispuestas a recoger la llama sagrada para transportarla a más grandes alturas, impulsada por ideales superiores.

Quien contribuyó a preparar esa semilla, bien pudo sentirse orgulloso de una vida que en su fugaz transcurso apenas nos deja tiempo para nada, exigidos por las angustias de la lucha diaria. Grande ventura es haber podido compartir ese construir desinteresado para nuestros sucesores, en la esperanza de mejorar su destino, cobijados todos en el seno de una institución firmemente asentada en una larga tradición y al amparo sagrado de la ley.

El nombre de Federico C. Tombeur ha quedado incorporado a los anales y a la historia de su querido Colegio, y su recuerdo grabado en el corazón y en el sentimiento de sus amigos y de cuantos lo trataron.

Estamos seguros de que en esta hora ineluctable y dolorosa, ha sido recibido en el seno de la Divina Providencia como lo son los buenos y los justos. Por eso, se nos ha ido con la conciencia de un deber plena y cristianamente cumplido, y podemos decirle, transidos por la congoja, pero como un bálsamo para nuestro propio corazón:

Federico: descansa en paz.